

Gallegos en el Perú

26/7/96

Jorge ANDUJAR

En estos días de fiestas patrias se desarrolla en Lima, por vez primera, un evento cultural de carácter *sui generis*. Sus principales auspiciadores: la Embajada de España, la Asociación Gallega del Perú, la Universidad de San Marcos y la Universidad Católica han organizado con éxito la "Semana de la Cultura Gallega". El objetivo es loable: difundir los valores artísticos, culturales y regionales de Galicia, fortaleciendo los ancestrales vínculos entre ambos pueblos.

Sopesar la influencia de España en el Perú resulta, por obvia y evidente, tarea vana. Columna vertebral de nuestra nacionalidad, conjuntamente con la indígena, se advierte por doquier los rasgos de la vigorosa personalidad hispana. Empero, rastrear sus influencias regionales importa un esfuerzo mayor. España (de donde parece que salió el proyecto de formar regiones en el Perú) es un país con múltiples regiones, con costumbres y muchas veces lenguas particulares.

La proyección en América de algunas regiones de España como Castilla, Andalucía y Extremadura — esta última famosa por ser la cuna de los más importantes conquistadores Francisco Pizarro y Hernán Cortés— ha sido resaltada por destacados investigadores.

El aporte cultural de Galicia al mundo, a través de la hispania fecunda que hablaba Rubén Darfo, es altamente positivo. Sólo anotaremos que ostenta en el extraordinario escritor Camilo José Cela, el Premio Nobel en Literatura de 1989.

La impronta de los gallegos recorre América. En el Perú aparecen en los albares de la conquista. La inaugura el soldado y cronista Juan de Betanzos (1529-1576), quien se afincó en el Cusco y se casa con *ñusta* real; relaciones éstas que seguramente le permitieron escribir una valiosa relación de las costumbres del antiguo Incaio.

Durante el Virreinato muchos gallegos ocuparon altos cargos públicos y al menos cinco fueron designados Virreyes del Perú. Ellos fueron: Don Gaspar de Zúñiga y Acevedo, Conde de Monterrey (1603-1606), García Sarmiento de Sotomayor, Conde de Salvatierra (1640-1655), Pedro Fernández de Castro, Conde de Lemos (1666-1672), José Antonio de Mendoza, Marqués de Villagarcía (1735-1746) y Francisco Gil de Taboada y Lemos (1790-1796).

Algunos de estos Virreyes, luego de su mandato, se quedaron a vivir o a morir en estas tierras. Tal es el caso del Conde de Monterrey y el de Salvatierra, cuyos restos descansan en Lima. El corazón del Conde de Lemos, encerrado en una caja de plata, reposa a la fecha en la Iglesia de San Pedro.

En épocas republicanas los gallegos siguieron llegando al Perú. No en vano Galicia es desde tiempos remotos tierra de emigrantes. De esta hermosa y pobre esquina de la península ibérica han partido, en busca de nuevos horizontes, muchos hombres y niños. Alguna vez la partida era por familias. Tal es el caso de mis ancestros. Allá por 1875 —época de la gran migración— partieron de Galicia, por su puerto natural de Pontevedra, tres hermanos. El mayor de ellos Bonifacio Andújar y Cepa frisaba apenas los 15.

Toda emigración es de por sí dolorosa, más aún cuando la tierra que se deja atrás es feraz, de ríos regulares, abundante vegetación, clima suave y de fuerte tradición. Hermosos versos los de Rosalía de Castro — la gran poeta gallega romántica de la talla de Gustavo Adolfo Bécquer dan cuenta de este hecho natural en Galicia, con un sino de protesta, porque para el emigrante "no hay sitio en la hostigada patria".

La emigración gallega al Perú, en la segunda mitad del siglo XIX, tuvo como destino final, en una parte considerable, el riquísimo asiento mineral de Cerro de Pasco. Casi se puede decir que era un destino natural. Era la época en que la frase "Vale un Perú" o la atribuida al sabio Antonio Raimondi "El Perú es un mendigo sentado en un banco de oro", se cifraba en la supuesta abundante riqueza de oro y plata de un país lejano y fastuoso. Esta visión se presentaba como un poderoso imán para los emigrantes gallegos deseosos de forjar un mejor futuro.

Perspicaces viajeros ingleses como Robert Proctor describen a Cerro de Pasco de comienzos del siglo XIX, como un inhóspito lugar donde la plata y otros ríos minerales se encuentran tirados en el suelo como cosas sin valor. Bastaba recogerlos para hacerse ricos. Esa idea, distorsionada seguramente por el agujijón de la necesidad de encontrar la tierra prometida, hicieron que muchos gallegos remonten enormes distancias y geografías no vencidas para recalar, finalmente, en la sierra central del Perú.

La dureza del clima de la puna cerreña (en comparación con el suave clima atlántico de Galicia) pone a prueba el tesón del emigrante. Al principio, sólo las ricas entrañas de la tierra lo impulsan a continuar la brega. Al cabo de algunos años se fusionan a la patria adoptiva y contribuyen, conjuntamente con sus hijos nacidos en el país, a la grandeza y prosperidad del Perú.

No sabemos de algún estudio orgánico y detallado de la influencia de los gallegos en el Perú. Esperamos, en todo caso, que sucesivos eventos culturales afirmen los estrechos lazos entre los dos pueblos hermanos.